

La
Gran
Jugada

María Inés
Falconi

loqueleg



CAPÍTULO 1

Comienza el partido

Patea Manuel. Avanza decidido hacia el arco del contrario. Quiere que su amigo el Sordo venga a jugar al equipo del club. Joaquín le corta el camino, no quiere meterse en problemas. Manuel gambetea y lo esquiva. Sigue avanzando. Le mete un caño al Gordo Gonzalo, que se le cruza en el camino. Parece que nadie puede detenerlo, pero, sorpresivamente, Franco lo intercepta por la derecha, le mete una plancha y lo deja en el suelo. Falta. Tiro libre. Esta puede ser la oportunidad que Manuel estaba buscando.

—¡Vos estás loco, chabón! No se puede hacer algo así—
—Joaquín, enojado, tiró la camiseta adentro del armario.

—¡¿Vas a guardar esa camiseta sucia en el armario?!—
—dijo Manuel con cara de asco—. Nos van a clausurar el club por contaminación del medio ambiente.

—Es que vos me ponés nervioso y no sé ni lo que hago. Además, si seguís insistiendo con eso, al club lo van a clausurar igual por ir contra el reglamento.

Joaquín sacó la camiseta del armario y, esta vez, la guardó hecha un bollo en la mochila.

—No es contra el reglamento. No lo dice en ningún lado, que yo sepa —se defendió Manuel.

—Eso: “que vos sepas”. ¿Alguna vez en tu vida leíste el reglamento?

—No. Y vos tampoco, estoy seguro.

—Bueno, no, pero me dijeron —tuvo que reconocer Joaquín—. Te juego lo que quieras que no se puede.

—A ver si me entendés —insistió Manuel—. Si se puede o no se puede no es ningún problema, porque la cosa es que no se enteren.

—Facilísimo.

—Te digo que ni te das cuenta. Yo tardé como un mes en avivarme.

—Porque sos lento, eso lo sabe todo el mundo.

—No. Porque no se nota.

—¿Qué es lo que no se nota? —preguntó una voz atrás de ellos.

Franco había aparecido de repente, sin que lo escucharan. Joaquín y Manuel sabían que el vestuario no era un lugar muy seguro para hablar, pero como las duchas seguían abiertas, habían creído que todos los demás se estaban bañando.

—¿Qué es lo que no se nota? —repitió Franco.

—Que tengas cerebro —le contestó Manuel.

—Muy gracioso. Permiso. —Y Franco se abrió paso, tirando, como sin querer, las mochilas al piso y pateando los botines de Manuel un metro más allá.

—¡Pará, pibe! ¿Qué te pasa? —Manuel se le fue al humo, pero Franco lo miró con una sonrisita socarrona. Medía como cincuenta centímetros más que Manuel. No era para asustarse.

—Dejalo, está buscando roña —aconsejó Joaquín, que no tenía ganas de terminar de réferi de una nueva pelea.

—La próxima vez que me tires las cosas... —amenazó Manuel.

—¿Le vas a contar a tu mamá? —se rio Franco.

Manuel se levantó como un resorte, dispuesto a saltarle encima, pero Joaquín consiguió agarrarlo del brazo.

—Dejalo, chabón. Te vas a comer una suspensión por su culpa. Dale, agarrá tus cosas y salgamos. El Gordo nos está esperando en el bar.

Manuel le echó una mirada de odio a Franco, que todavía se seguía riendo y, con la ropa mal guardada y asomando por la mochila, salió atrás de Joaquín.

—Lo voy a reventar —dijo cuando estuvieron afuera del vestuario, mientras trataba de meter todas sus cosas adentro de la mochila como si estuviera rellenando una empanada.

—No vale la pena. Es un tarado. No le des bola.

Joaquín caminaba adelante, rumbo al bar, y Manuel casi corría atrás, juntando lo que se le iba cayendo por el camino. Estaba furioso. Odiaba esa risita sobradora de Franco y más odiaba no poder bajarle todos los dientes.

Franco jugaba en el mismo equipo que ellos, pero nadie se lo bancaba. Bueno, nadie no: Ariel y Leandro eran sus aliados incondicionales. Donde estaba Franco, estaban ellos. Era su ídolo indiscutible y hacían todo lo que él les decía. Manuel los llamaba “Los Tres Chiflados”. Pero, le gustara o no, Franco era el mejor jugador del equipo y todos lo odiaban tanto como lo necesitaban. Además, el Pipi, el entrenador, era muy claro y

muy estricto con eso: “Esto es un equipo, y en un equipo hay gente que nos cae más simpática y gente que nos cae menos simpática. Pero el equipo somos todos y solo funciona si todos tiramos para el mismo lado. Tolerancia es la palabra”. “Tolerancia” era la palabra para todos, menos para él. No permitía ni siquiera un amague de pelea. Pelea era igual a suspensión y, ciertamente, no valía la pena quedarse una fecha sin jugar por culpa de Franco.

—¿Qué se quedaron haciendo, se puede saber? —preguntó Gonzalo cuando los vio entrar, sin dejar, por eso, de atacar su pebete de jamón y queso como si fuera lo último que iba a comer en la vida.

—Nada. El idiota de Franco, que estaba buscando roña —dijo Manuel, todavía de mal humor, pero logrando con éxito incrustar el botín en la mochila y cerrarla.

—Casi me voy —dijo Gonzalo con la boca llena.

—Menos mal que te atrapó un pebete —se rio Joaquín.

Manuel y Joaquín buscaron unas gaseosas y volvieron a la mesa.

—¿Están? —quiso saber Joaquín.

—Yo no las vi —le contestó Gonzalo.

—Todo por culpa del Pipi. Yo no sé por qué se le ocurrió agregar media hora de entrenamiento. Ahora las chicas salen siempre antes.

—Pará, pará —cambió de tema Manuel—. Olvidate de las chicas.

—No puedo —dijo Joaquín revoleando los ojos y llevándose la mano al corazón—. ¿Vos viste cómo le queda la malla a Carla? ¿Cómo te vas a olvidar de eso?

—¿Le queda bien? —preguntó Gonzalo antes de pegar otro mordiscón.

—¿¿Bien?! ¡Le queda espectacular! Vos no te das cuenta porque tus ojos no ven más allá del sándwich.

—¿La quieren cortar los dos? —pidió Manuel—. La mallita sí, muy linda, Carla también, pero vamos a lo importante.

—El asado del domingo —dijo Gonzalo.

—No, no, no. Ni comida, ni chicas. Mi propuesta.

—¿La del mudo? —preguntó Gonzalo.

—Sordo, Gordo, Sordo.

—¿Sordo yo? ¿Por?...

—¡Basta! —dijo Manuel apretando los dientes—. Son un par de tarados. ¿Podemos hablar en serio?

—¿Del mudo?

—¡No! ¡Del Sordo!

—Está bien, no grites —pidió Gonzalo.

—Que no soy sordo —terminó la frase Joaquín y los dos se echaron a reír a carcajadas, solo para aumentar el malhumor de Manuel, que tuvo que esperar que se les pasara el ataque.

—Lo que yo digo —trató de explicar cuando volvió la calma—, es que no necesitamos decirle a nadie que el pibe es sordo.

—Y lo que yo digo, es que todo el mundo se va a dar cuenta apenas le digan “hola” y el flaco no conteste —dijo Joaquín.

—No, chabón, no. Ya te expliqué. El pibe te lee los labios o algo así y, además, usa un audífono. Si le decís hola, te contesta.

—¡Ah, claro! —dijo Gonzalo—. Lo del audífono sí que es disimulado. Nadie se va a dar cuenta.

—No se le ve, te lo juro. Yo lo sé porque él me lo mostró, pero lo tiene abajo del pelo.

—Igual, Manuel, ¿cómo jugás con un pibe sordo? “¡Pasamelá! ¡Pasamelá!”. Te podés quedar gritando hasta que termine el campeonato —trató de explicarle Joaquín.

—Mirá, yo no sé cuál es el secreto, pero te digo que yo lo vi jugar y el pibe es una máquina.

—Vos lo viste patear al arco en la plaza. Jugar en un equipo es distinto.

—¿Pero sabés cómo la movía? Ese pibe es el futuro Messi —insistió Manuel.

—¡Buá!... Me parece que estamos exagerando un poco —dijo Joaquín.

—Sí, bueno, por ahí sí. Pero mejor que Franco, juega, seguro —se defendió Manuel.

—¡Ah, bueno! Antes era Messi y ahora es Franco. ¿En qué quedamos? —Manuel no pudo contestar porque en ese momento llegó Romina, la hermanita de Joaquín, que siempre, ya lo sabían, interrumpía cualquier conversación sin hacerse el menor problema.

—¿Vamos? —le dijo a Joaquín sin saludar a los demás.

—¿Adónde vamos? —le preguntó Joaquín molesto.

Le avergonzaba mucho que su hermana siempre apareciera cuando él estaba con sus amigos. Aparecía, reclamaba, pedía, se metía. Su hermana era la cosa más molesta que había conocido en el mundo.

—A casa, nene. Mamá me dijo que me tengo que volver con vos.

—Bueno, pero yo todavía no me voy —dijo Joaquín.

—Pero yo mañana tengo una prueba y tengo que estudiar, así que vamos.

—Y eso a mí no me importa, así que si te querés volver conmigo, esperame.

—En realidad —contestó Romina—, yo no me quiero volver con vos, para que te quede claro. Es mamá la que quiere que me vuelva con vos. Ahora... yo no tengo problema. Si querés, me vuelvo sola.

Joaquín apretó los dientes. Sabía que eso era una amenaza. Le hubiera encantado decirle que se volviera sola, pero sabía cuáles iban a ser las consecuencias. Y Romina también, por eso se lo decía.

—No, no quiero que te vuelvas sola, pero me tenés que esperar.

—Como quieras —dijo Romina y, antes de que nadie pudiera hacer nada, se había sentado en la silla libre y había apoyado la cabeza sobre los brazos arriba de la mesa, en actitud del más profundo cansancio y aburrimiento.

Los chicos se miraron. Con Romina ahí, nada podían hablar y ella lo sabía, por supuesto.

—¿Te vas a quedar ahí? —preguntó Joaquín molesto.

—¿No me dijiste que te espere?

—Sí, pero no acá. Estamos hablando.

—Si te espero, te espero acá. Las chicas ya se fueron, así que no me voy a ir a parar afuera como una estúpida.

—No, claro, te vas a quedar acá sentada como una estúpida —contestó Joaquín, cada vez más molesto.

La conversación se había interrumpido para siempre o, al menos, hasta mañana. Joaquín miró a los chicos como pidiendo disculpas.

—Yo también me tengo que ir —mintió Manuel para salvar a su amigo de la situación—. Mañana hablamos. ¿Tomás el 90, Gordo?

Todos hicieron el amague de pararse, pero se quedaron ahí, entre la silla y el aire porque, para su sorpresa, Carla acababa de acercarse a la mesa.

—Hola... —dijo con esa voz cantarina, dulce, seductora, que tan pocas veces tenían la posibilidad de escuchar.

—Hola —contestaron los tres al mismo tiempo en un lío de sillas donde unos se paraban, otros se sentaban, las mochilas se caían y las gaseosas se desparramaban.

—¿Me lo trajiste? —le preguntó Romina, divertida al darse cuenta del estado lamentable de los chicos.

—Sí, tomá.

Carla sacó de su mochila un CD y se lo dio.

—Lo grabo y te lo devuelvo —dijo Romina guardándolo en la mochila.

—No hay apuro. Está buenísimo.

—Igual —insistió Romina—. Si mi hermano me lo graba esta noche, lo traigo mañana. ¿Me lo podés grabar?

La pregunta era completamente retórica. Romina sabía que por nada del mundo Joaquín se iba a perder la posibilidad de tener entre sus manos el CD de Carla y, de paso, hacerse el hermano bueno, simpático y amable que no era.

—Eh... sí... claro... ¿Qué es?... —eso se lo preguntó a Carla, jugándose la vida con tal de que le dijera una palabra.

—Una música clásica que está buena para el trabajo con cintas —dijo Carla.

—Ah... copado...

—¿Copado qué? Vos ni sabés lo que es la música clásica —lo mandó al frente Romina.

Carla se rio. ¡Qué linda sonrisa con aparatos tenía!

—No, no. Copado que hayan encontrado la música que necesitan.

—Bueno, no sé —dijo Carla—. Estamos probando.

¡¡¡Le había hablado!!! ¡¡¡Sí!!! ¡¡¡Gracias, hermanita, gracias!!!

—Si querés, yo te puedo bajar algún otro tema con la compu... —se ofreció Joaquín.

—Sí, no sé —le contestó Carla no muy convencida—. Cualquier cosa te aviso. Bueno, nos vemos mañana. Chau.

Los chicos dijeron chau como transportados en un sueño y cayeron de golpe a la realidad con la voz de Romina.

—¡Qué babosos!

—¡Salí, nena! —se enojó Joaquín—. ¿Te creés que nos vamos a poner babosos por una pendejita de diez años?

—Carla no tiene diez años, idiota.

—¿No está en tu equipo?

—No, imbécil —Romina siempre era muy cariñosa con su hermano—. Estamos entrenando juntas porque Elena tiene un despelote de horarios. Pero ella está en otra categoría. ¿No ves que es más grande?

—No... no parece... —trató de disimular Joaquín.

—Pará un poquito —se metió Manuel—. ¿Vos querés decir que ahora las chicas grandes entrenan en este horario?

—Por esta semana. ¿Por...? ¿Pensás unirme al equipo de gimnasia deportiva? —lo gastó Romina, sabiendo que era un equipo solo de mujeres.

—Muy graciosa. Es que una piba de mi escuela me preguntó... y va a venir... y... ¿Vamos? —Manuel salió de la situación como pudo.

Esa sí que era una buena noticia. Ahora las chicas iban a terminar el entrenamiento en el mismo horario que ellos. Bueno, eso siempre y cuando el Pipi no siguiera alargándolo. Cada vez que estaba por empezar el campeonato, como ahora, parecía que el Pipi quería dormir en el club. En fin, ya verían mañana.

Todos se levantaron y se arrastraron, más que caminaron, hasta la puerta. Salir del club quería decir volver a casa, enfrentarse con las pruebas y las lecciones del día siguiente, abrir las carpetas y, sobre todo, estudiar.